

DAVID GILMAN



V U E L O



NOCTURNO



A
P A R Í S

NARRATIVAS HISTÓRICAS
CONTEMPORÁNEAS



VUELO NOCTURNO A PARÍS

DAVID GILMAN



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Night Flight to Paris*

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: noviembre de 2020

Primera edición en e-book: diciembre de 2020

© David Gilman, 2018

© de la traducción: Julieta Lionetti

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4783-8

Producido en España

VUELO NOCTURNO A PARÍS

Capítulo 1

París. Febrero de 1943

La oscuridad estaba en movimiento. El cielo nocturno, negro, cargado de amenazas y de una llovizna constante, se ensortijaba sobre sí mismo mientras la enorme esvástica ondeaba a cámara lenta. Una autoridad lánguida reinaba sobre aquellas calles adoquinadas y silenciosas. El viento racheado arrojaba tenues cortinas de agua, que se precipitaban sobre el eco del sonido de pasos que iban a la carrera. Un retumbo desesperado de miedo en medio del toque de queda.

En la ventana de la habitación a oscuras del tercero de un edificio de cinco pisos sin ascensor, se describió un visillo. Por la estrecha apertura, una anciana observó la calle caliginosa del Distrito Decimoctavo. Unas figuras borrosas doblaban la esquina a toda velocidad. En la acera de enfrente, otros se atrevían a descorrer cautelosamente una cortina o a abrir un postigo, apagando las luces de las casas, temerosos de que los detectaran, sin ganas de verse arrastrados a lo que fuera que les pasara a aquellos desesperados fugitivos. La anciana del visillo vio a dos hombres y dos mujeres que corrían para salvar la vida. La mayor de ellas se agarró del brazo de la más joven cuando a punto estuvo de trastabillar en los adoquines mojados. Por delante, uno de los hombres, tal vez en la cuarentena, corría de portal en portal, desesperado por lograr escabullirse y escapar de quienquiera que fuere que los perseguía. Mientras golpeaba una puerta con el puño, el otro hacía lo mismo en la siguiente.

Todas las puertas estaban cerradas y ninguno de los que se encogían de miedo en aquellas habitaciones penumbrosas era lo bastante insensato como para dejar pasar a los extraños, a pesar de los gritos de socorro. El sonido de botas de herradura acercándose rápidamente

indicó a la anciana que aquellos hombres y mujeres se enfrentaban a una muerte segura. Al instante, una docena de soldados alemanes doblaron la misma esquina, dos de ellos dieron un patinazo en la acera mojada. Pero entonces se oyó una orden: los soldados se detuvieron y apuntaron los rifles. La anciana dejó caer los visillos y se retiró a sus aposentos. No había necesidad de ser testigo de lo que iba a pasar a continuación. Se acomodó en la silla raída y se envolvió en el chal, agachó la cabeza y se cubrió las orejas con las manos. Espantada por el abrumador estampido del fuego de los rifles.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia...».

* * *

A pesar de la escalofriante lluvia, Alain Ory estaba sudando. El miedo y la desesperación lo obligaban a seguir golpeando en cada puerta mientras corrían calle abajo. Rogaba; gritaba pidiendo socorro. No había respuesta. Como espectros, aparecieron los soldados en la distancia. Una voz les ordenó detenerse. Alain se volvió hacia las mujeres, que vacilaban. Suzanne Colbert se había quitado los zapatos para correr sin hacer ruido y con menor riesgo de resbalar. Siempre la había deseado. Una mujer valiente y guapa, de su misma edad. Ahora se acurrucaba con su hija en un portal. En ese momento atroz, sintió que una oleada de tristeza amenazaba con aplastarlo. Debería abandonarlas.

No oyó la orden de disparar del oficial alemán. Sonó el fuego de los rifles. Suzanne y su hija se aferraban la una a la otra. Alain se interpuso entre ellas y olió el perfume de almizcle del pelo de la hija y el olor acre de la orina cuando el terror vació la vejiga de la muchacha. Las balas desgarraron el cuerpo del compañero que aún corría. El joven, con los brazos en jarras, giró silenciosamente haciendo una pirueta, dando vueltas con elegancia en puntas de pie. La ilusión se rompió a causa del desgarrón de la carne y del crujido de los huesos cuando cayó de narices sobre los adoquines. La sangre se colaba por debajo de su cuerpo.

Alain arrancó a las mujeres del portal. Oyó el arrastre mecánico cuando los rifles se amartillaron, y entonces presionó a las mujeres

contra la pared. Sonó otra descarga. Las balas arrancaron esquirlas de piedra por encima de donde se agazapaban. Una bala rebotada dio en la pierna de Suzanne, que sofocó un grito de dolor y cojeó detrás de los demás, mientras Ory entraba en un callejón y metía prisa a la joven que lo seguía. Se apretó contra una pared y se atrevió a escudriñar alrededor y, después, salió a la calle, con el objetivo de arrastrar a Suzanne con ellos. Los soldados corrían; no volverían a disparar hasta que alguno de ellos viera a una o más de sus dianas. Entonces se detendrían y apuntarían. Suzanne tenía una pierna aplastada bajo el peso del cuerpo; la sangre le corría por la mano que apretaba la herida. La mirada angustiada lo dijo todo. No lo lograría.

–¡Marchaos! –jadeó.

No podía ayudarla. Suzanne estaba deshaciéndose de su carné de identidad en la boca de la alcantarilla. Ory se dio media vuelta y volvió corriendo al callejón.

–¡Sálvala! –gritó la joven, aterrorizada.

Él la sujetó por los brazos y trató de empujarla hacia delante, hacia la oscuridad.

–No. La dejamos.

–No puedo. Es mi madre –dijo llorando, y se soltó.

–¡Por Dios, idiota! Danielle, venga ya.

Danielle sacudió la cabeza y trató de soltarse para alcanzar la calle a la carrera. Alain la sujetó por los hombros contra la pared, pero ella se lo quitó de encima, porque su terror era más poderoso que toda la fuerza que le quedaba a él. Por un brevísimo instante, logró sostener aquel rostro afligido en el hueco de las manos.

–No puedo ayudarte. ¡Suerte!

Le dio la espalda y corrió hacia la nada mientras ella se daba la vuelta con presteza y tropezaba con su madre.

–Danielle. No. ¡Por el amor de Dios! –rogó Suzanne, alzando una mano para detenerla.

En cuanto Danielle se arrodilló al lado de su madre herida, unos faros inundaron de luz la calle y los soldados se la llevaron entre gritos. Los neumáticos patinaron al frenar, se abrieron las puertas y la introdujeron

como a un fardo en la trasera de uno de los coches, que dio marcha atrás y giró. Los faros de un segundo coche, que estaba aparcado a un lado, arrojó largos rayos de luz sobre la mujer herida y los soldados, que seguían de pie, pero ahora con los rifles en posición de descanso, fumando cigarrillos mientras el oficial hablaba con uno de los hombres del coche. Algunos soldados tocaban el cadáver con la punta del pie y otros vigilaban a Suzanne. Ésta alzó una mano para protegerse los ojos de la luz y vio la cara de su hija contra la luneta trasera del coche que aceleraba. Un oficial alemán ladró algo, y dos de sus hombres se inclinaron y la agarraron por los brazos; después, la arrastraron por el adoquinado hasta el coche. Suzanne gritó cuando la pierna herida se raspó contra la superficie irregular de la calle. El dolor le provocó un vómito. La maldijeron, y uno de ellos la golpeó en la nuca con el puño. Aturdida, aspiró el olor cálido y reconfortante del cuero de los asientos del coche, que la inundó de imágenes fugaces, recuerdos de tiempos mejores. Un amante que se convirtió en su marido; un sofá de piel y la emoción del primer encuentro sexual. Amor y calidez. Todo lo que se había dado a la fuga hacía tanto tiempo. Ahora sólo quedaba el terror helado.

Capítulo 2

El coronel Heinrich Stolz, del Servicio de Seguridad de las SS, aparcó su coche fuera de la Prefectura de Policía, enfrente del Hôtel Dieu, el primer hospital de París, construido en la Edad Media. El establecimiento a donde iba Stolz no ofrecía esa clase de socorros. Su uniforme, hecho a medida, lucía la Cruz de Caballero, la Cruz de Hierro y la Placa de Asalto de Infantería, entre otros galones de campaña. Había servido en la infantería de las SS y se había ganado una reputación por la firme determinación y el coraje demostrados en el campo de batalla. Estaba acostumbrado a combatir enemigos despiadados, tanto si vestían uniforme como si golpeaban de manera encubierta como terroristas.

El coronel Ulrich Bauer de la Abwehr, a cargo de la contrainteligencia militar en París, lo esperaba en las escaleras de la Prefectura. De rangos equivalentes, Bauer le llevaba veinte años a Stolz, que tenía treinta y seis y el aspecto de esos dioses arios altos y rubios a quienes Bauer despreciaba discretamente. Stolz había sido elegido por el mismísimo Himmler y el general de brigada Karl Oberg para controlar París con las SS, el servicio de seguridad y la Gestapo, que quedaban bajo sus órdenes. Tenía línea directa con él y era, sin duda, el hombre más temido de París.

–Hace dos semanas, cuatro oficiales de la Luftwaffe murieron por un ataque de granada en un café de París. Y usted no ha hecho ningún progreso para determinar quiénes fueron los responsables.

–No fue un ataque organizado por la resistencia.

–Terroristas... Llámelos por su nombre, coronel –lo corrigió Stolz.

Paseaban por los monótonos corredores del edificio gris.

–Fue un asesino solitario. Estamos seguros.

–Y yo estoy seguro de que es porque los ingleses enviaron agentes para entrenar a los asesinos –dijo Stolz–. ¿En el quinto piso?

Bauer asintió con una cabezada al tiempo que reprimía un gruñido, y armonizó su paso con el de Stolz. El oficial de la SD siempre usaba las escaleras, y las subía con brío. Estaba en mejor estado físico que Bauer y el coronel del ejército sabía que era una estratagema ponerlo en una situación desventajosa.

Stolz echó un vistazo al soldado profesional, que era más viejo que él. La respiración de Bauer se había acelerado, pero parecía decidido a mantener el ritmo, aunque le costara la vida. Al menos, eso demostraba un cierto grado de determinación, pensó Stolz en un arranque de generosidad. La cara de Bauer estaba arrebolada cuando llegaron a la oficina del comisario. Stolz le dio una palmadita en el hombro antes de entrar.

–Debería ponerse en forma, Bauer. Un par de partidos de tenis no es suficiente, y nunca se sabe cuándo tendremos que correr a vida o muerte.

Bauer sintió una punzada de incertidumbre, un dolor que no venía de sus esfuerzos en las escaleras. ¿Había una amenaza encubierta en esas palabras? Algunos oficiales del ejército alemán habían sido ejecutados por orden del Führer por no haber estado a la altura de sus cometidos.

–Es un chiste, Bauer. Un chiste –dijo Stolz, con una sonrisa–. No debemos perder el sentido del humor.

El coronel asintió con un gesto forzado. El humor no era uno de los atributos por los que eran conocidas las SD, el servicio de inteligencia de las SS y del partido nazi, ni su organismo hermano, la Gestapo. Entraron en la oficina del comisario Fernand David, quien rodeó su escritorio con brío para darles la bienvenida.

David era el jefe de las Brigadas Especiales, una unidad policial preparada para la localización de enemigos internos y prisioneros fugados. En conocimiento de que Stolz era un entusiasta de romper células de la resistencia, David había comisionado a un buen número de oficiales para el seguimiento de los *résistants*;¹ todos sus hombres trabajaban en parejas y usaban un buen surtido de identidades

clandestinas, incluso podían llevar la estrella de David para evitar cualquier recelo por parte del sospechoso al que estuvieran siguiendo. Muchas de las células de la resistencia estaban tanto dirigidas como inspiradas por comunistas y, a menudo, entraban en oposición con las células nacionalistas; estas luchas internas comportaban que muchas veces unos traicionaran a los otros. Fernand David aborrecía especialmente a los comunistas, y se había forjado una reputación por torturar a los prisioneros varones aplastándoles los testículos con alicates, aunque las subsecuentes confesiones no tuviesen, por lo general, ningún valor. El comisario torturaba por placer.

Después de intercambiar los saludos formales, David guio a Stolz y a Bauer hasta una pared donde colgaban las fotografías de sospechosos de ser combatientes de la resistencia, una intrincada red de nombres, direcciones y colaboradores conocidos por la policía. Había un esquema que enlazaba los distritos de París con los sospechosos, sus familias y amigos.

–Hemos estado siguiendo a este grupo durante algunas semanas, coronel. Los últimos quince días hemos arrestado a cincuenta y siete jóvenes judíos. Serán deportados con cargos de asesinato y actividades terroristas.

La mayoría de los hombres del comisario eran antisemitas y jugaban un papel clave para encontrar a judíos que se escondían en casa de simpatizantes en la ciudad, una actividad que les venía muy bien a los alemanes.

–Después de un poco de persuasión a manos de mis hombres, supimos que una célula *résistant* los había estado ayudando a contrabandear a otros judíos fuera de las fronteras. Seguimos a cuatro hombres hasta un apartamento en los altos de una panadería en la calle Stanislas Meunier, en el barrio de Saint-Fargeau, en el Vigésimo Distrito. Dimos la alerta al comandante alemán a cargo de esa área local y él los atrapó... –Dio un golpecito en el mapa desplegado en la pared–. Aquí. En el Decimoctavo Distrito. Un varón muerto, un huído y dos mujeres capturadas. Hubo más detenciones en otras áreas. Otros doce sospechosos, además de las dos mujeres. A todos los tiene la Gestapo.

Stolz miró a Bauer, consciente de la incomodidad del coronel de la Abwehr. El departamento del comisario había localizado a la célula que los alemanes habían acorralado la noche anterior. Era un punto a favor de las Brigadas Especiales, pero también resultaba irritante que estuvieran teniendo más éxito que las fuerzas de Ocupación. Aun así, si se les pudiera ofrecer todavía más apoyo y recursos, sus éxitos también se reflejarían en el servicio de seguridad de Stolz.

–¿Hay alguna información sobre el que escapó?

–Muy poca, coronel. –David recogió una hoja de papel–. Sospechamos que su nombre es Alain Ory, un metro sesenta de estatura, complexión media, tez clara. Tiene el pelo castaño y, cuando escapó, llevaba un sombrero de ala ancha de color marrón claro con el ala levemente levantada en la nuca, un abrigo de color gris a rayas longitudinales de color pardo, pantalones grises y zapatos negros. Mis hombres han pasado la descripción a la Feldgendarmerie y la han hecho circular entre sus agentes.

–Gracias, comisario. Por favor, felicite a sus hombres en mi nombre.

El comisario David dio las gracias con una inclinación de cabeza. Stolz golpeó algunas de las fotografías.

–Estos hombres todavía andan sueltos. Cuando me hice cargo de la comandancia, ya eran conocidos por la inteligencia militar. De una manera u otra, están ligados a los terroristas. –No se volvió a mirar a Bauer, que transpiraba, aunque no quedaba ninguna duda sobre a quién se dirigían esos comentarios–. Su misión era encontrarlos. Y no los ha encontrado.

–Tenemos informes de que algunos de ellos están muertos y de que otros han escapado –contestó Bauer.

El comisario David guardó silencio y se sacudió una invisible mota de polvo del traje de doble botonadura. El comando de contrainteligencia militar del ejército alemán en París y la zona ocupada se disputaba con las SD de Stolz el éxito de la guerra de inteligencia y, con la Gestapo reportando directamente a Stolz, había pocas dudas sobre quién llevaba ventaja en la partida. Hacía tiempo que las SS sostenían la creencia de

que el almirante Canaris, el jefe de la Abwehr, no era tan leal al Führer como ellos.

–Entonces, lo ha hecho usted lo mejor que ha podido –dijo Stolz.

–Por supuesto –replicó Bauer.

–En cuyo caso, la Gestapo y el Servicio de Inteligencia del Estado asumen en su totalidad las responsabilidades de la Abwehr en esta área.

Bauer dio un paso atrás, como si lo hubiese alcanzado un golpe. Que lo exoneraran de las responsabilidades de inteligencia delante de un francés era un insulto.

–Pero yo soy un soldado profesional. La contrainteligencia es mi departamento.

–Nosotros tenemos un método más... vigoroso para tratar con esta gente –repuso Stolz–. Y ahora veamos qué nos ha traído la última redada de sospechosos.

Capítulo 3

En la prisión de La Santé el hedor a orina estancada y el frío de los sótanos húmedos y oscuros en los que se torturaba a los prisioneros asustaron a Hauptmann Martin Koenig. El joven capitán no solía descender a aquel infierno: sus aptitudes estaban mejor aprovechadas en el análisis de informes y la compilación de datos. Más de mil prisioneros se hacinaban en celdas que no medían más de tres metros cincuenta por uno setenta y cinco, a razón de seis prisioneros por cubículo y tres colchones de paja para compartir. Avanzó resueltamente por el corredor poco iluminado, decidido a no dar la impresión de timidez ante los guardias. Dejó atrás habitaciones cerradas, la pesada puerta de una de las cuales apenas amortiguaba los gemidos, y se dirigió hacia una que estaba abierta. Un grito repentino, la voz agónica de una mujer, lo hizo titubear. El silencio que siguió lo empujó a retomar el paso; cuanto antes terminara con el recado, mejor. Se detuvo en la entrada de la celda de interrogatorios, que estaba abierta. Lo que vio le provocó una mueca de disgusto, pero logró reprimir cualquier conmoción visible. Una mujer estaba atada a una silla de metal, vestida sólo con la saya. Una herida desagradable se le encontraba en la pierna derecha; tenía un ojo cerrado a causa de los golpes y por el cuello le corría un hilo de sangre que salía de la nariz magullada y llegaba hasta el pecho. Los interrogadores le habían tajeado las plantas de los pies con cuchillas de afeitar, y el joven oficial sabía que la habrían hecho caminar sobre sal. Tenía la cabeza caída sobre el pecho. Se dio cuenta de que el dolor le había hecho perder el conocimiento. La breve absolución del olvido.

Un agente de la Gestapo lo miró. Koenig lo conocía: Rudi Leitmann era un joven saludable, más o menos de su misma edad, que vestía, con menos formalidad de la que cabía esperar, unos pantalones y una

chaqueta holgados. Un hombre a quien se podía confundir con un estudiante de posgrado. Se levantó de la silla que habían dispuesto frente a la mujer torturada y se encaminó hacia el corredor.

–¿Qué hace tan lejos de su escritorio, Koenig? ¿De visita por los barrios bajos? –preguntó con simpatía.

Koenig desvió la mirada hacia el interior de la celda oscura, donde dos interrogadores de la Gestapo vestidos de paisano se tomaban un respiro de sus afanes. Las chaquetas colgaban de los respaldos de las sillas y, en la pequeña mesa de metal, se veían colillas de cigarrillos. Llevaban las camisas arremangadas, empapadas de sudor, y salpicadas con gotas de sangre.

–El comandante Stolz quiere saber si ha dicho algo –titubeó, incapaz de apartar la mirada de la mujer–. ¡Dios mío! –susurró, y sintió la boca repentinamente seca–. ¿Está muerta?

Leitmann le dio una indicación a uno de los matones, que vació un cubo de agua sobre Suzanne. El sobresalto del agua fría la hizo volver en sí con un grito ahogado.

–Dígale que estamos progresando. Otra docena cayó en una redada anoche. Tenemos mucha madera aquí. –Regresó a la pequeña mesa de metal y levantó una pila de documentos de identidad–. Son los que llevaban encima.

Hauptmann Koenig volvió a mirar a la mujer herida con aire indeciso. Si continuaban el interrogatorio con ese grado de brutalidad, seguramente moriría antes de darles ninguna información que resultase útil. Leitmann cogió un cigarrillo arrugado del bolsillo y dio un tirón a uno de los documentos de identidad, que estaba manchado.

–Le encontramos un cigarrillo inglés. Éstos son sus papeles. Intentó tirarlos por la alcantarilla, pero la unidad de arresto los encontró. El muerto era francés, un saboteador entrenado por los británicos. Nos ha contado tanto como eso. También tenemos aquí los papeles del tío.

Koenig cogió los documentos que le ofrecía. Ocultando su disgusto, agradeció con una inclinación de cabeza y se apartó, observado por Leitman, que, imperturbable, desarrugó el cigarrillo y lo encendió.

* * *

A la vuelta de la esquina del Palacio del Elíseo, el número 11 de la calle Saussaies alojaba las oficinas de la Gestapo, pero el comandante Stolz había llevado a algunos de los agentes más eficientes a su propio cuartel general de las SD, en el 84 de la avenida Foch. La oficina de Stolz quedaba unos pocos escalones más abajo del quinto piso, donde habitualmente se llevaba a los prisioneros desde otras prisiones de la ciudad para continuar los interrogatorios.

La oficina de Stolz era despejada, a excepción de unas pocas pinturas que había saqueado de una de las galerías. Le gustaban los impresionistas. Sus obras le recordaban la casa de vacaciones que su familia tenía en Baviera. Los toques de luz solar que moteaban la superficie de los lagos y el color rojizo de las sombras de los bosques. Una gran alfombra persa se extendía sobre el lustroso parqué de espiga y ofrecía calidez debajo de los pies. Su escritorio, una pieza de palisandro decimonónica con monturas de bronce dorado confiscada a una rica familia judía, tenía fama de haber sido usada por uno de los presidentes de Francia. Las leyendas, como bien sabía Stolz, eran a menudo más poderosas que la realidad. Barajó los documentos que tenía en la mano; había otros sobre el escritorio, un conjunto de papeles incautados a los sospechosos. Los estudió de cerca uno a uno mientras, distraídamente, acomodaba la Cruz de Hierro en su guerrera. Hauptmann Koenig estaba de pie en la puerta, a la espera de sus órdenes, pero el coronel Bauer aguardaba, incómodo, a un costado del escritorio de Stolz. Cuando Stolz terminó de examinar cada documento, se los pasó al oficial de la Abwehr.

–Himmler quiere cincuenta ejecuciones por cada oficial de la Luftwaffe muerto en el atentado –dijo Stolz.

–¿Habrán represalias? –preguntó, sorprendido, el veterano soldado. Entendía que los pocos actos aislados de violencia en la ciudad no eran nada más que acciones dispersas de algunos desafectos.

–Preferimos el término «medidas de resarcimiento».

Stolz cogió los documentos de identidad y las cartas de racionamiento y los comparó.

–Si arrestamos y ejecutamos a tanta gente, pondremos en peligro cualquier colaboración –argumentó Bauer. Había trabajado con la policía los dos últimos años, construyendo una pequeña red de informantes, de gente preparada para traicionar a otros si se sabían protegidos de las redadas.

Stolz miró a Bauer a los ojos.

–Estoy de acuerdo en que doscientas ejecuciones podrían... exigir mucho tiempo..., así que he persuadido al Reichsführer SS Himmler de que sólo fusilemos a veinte por cada oficial muerto. –Sonrió–. No podemos ser más razonables que esto, ¿o sí? –Miró en dirección a Koenig, que seguía esperando–. Ocúpese del asunto, capitán.

–Sí, señor. ¿Debo dar órdenes para que se realicen arrestos aleatorios en las calles?

–No. Busque en las prisiones. Estraperlistas, proxenetas, asesinos, presos políticos... Da igual.

–Estarán bajo control civil, señor. –Koenig titubeó.

Stolz lo miró y dejó caer los documentos sobre el escritorio. Encendió un cigarrillo.

–Capitán, ¿a qué se dedicaba antes de la guerra?

–Era contable, señor.

–Que es el motivo por el que lo solicité para mi equipo. Usted es un hombre muy preciso. Se trata de una cuota; cumplamos con ella. Pensándolo mejor, Koenig, deben vernos abocados a hacer cumplir nuestros decretos. Arrestos aleatorios en las calles para veinte o treinta, pero use a los gendarmes para llevarlos a cabo, no a nuestros hombres.

–Sí, señor –dijo Koenig, y cerró la puerta con delicadeza tras de sí al marcharse.

Stolz volvió a examinar los documentos de identidad que estaban en su escritorio. Tomó entre los dedos uno que estaba muy sucio y mojado.

–Suzanne Colbert. Conozco ese nombre.

Tamborileó con un dedo en el tablero del escritorio. Después abrió un cajón y sacó un fajo de carpetas, que revisó rápidamente hasta encontrar lo que quería. Señaló bruscamente con el dedo la foto de un hombre barbado adjunta al archivo. Había unos pocos signos de canas en las sienes; el pelo era oscuro y más largo que lo acostumbrado en la nuca y los costados, pero unas salpicaduras plateadas en la barba advertían de un próximo encanecimiento. Stolz hojeó la carpeta.

–Henry Mitchell. Inglés de cuarenta y cinco años que vivió aquí durante años. Profesor de matemáticas, aunque ayudó a contrabandear a alguna gente importante. Tenía información que nosotros estábamos desesperados por proteger. Fue de máxima prioridad en aquel momento. Escapó a Inglaterra. Estaba casado con una francesa, una tal... –Dio vuelta a un par de hojas del informe y alzó la cabeza, sonriéndole a Bauer–. Suzanne Colbert.

* * *

Stolz y Bauer estaban de pie junto con el joven oficial de la Gestapo, Leitmann, en la puerta de la celda de Suzanne.

–Esto es espantoso –dijo Bauer–. Denos el tiempo necesario y encontraremos a los asesinos que están buscando. En esta zona, la resistencia es débil. No hay nada que pueda llamarse organización. Y mis hombres están mejor preparados para extraer información que los suyos. Comandante Stolz, usted tortura a los sospechosos, y la información que dan es, en el mejor de los casos, dudosa.

Leitmann, no obstante, ignoró al oficial de inteligencia y dirigió sus comentarios exclusivamente a Stolz, que estaba mirando pasivamente a la mujer herida.

–Ya no podremos extraerle más de lo que nos ha dicho.

–¿Y la otra mujer que resultó presa?

–Danielle Marmon. Estamos verificando, pero está tan aterrorizada que nos habría contado todo, si supiera algo. Creo que simplemente fue arrastrada en la batida.

Stolz no dejaba de mirar a Suzanne.

–Traedla –dijo en voz baja.

Leitmann hizo una seña a los dos interrogadores de la Gestapo cuando Stolz entró en la celda y levantó la silla de metal lentamente; ningún movimiento brusco, nada de arañazos de metal contra el suelo de cemento regado de agua y sangre. Stolz dejó su gorra en la mesa contigua y se pasó una mano por el pelo, como para alisarlo. Encendió un cigarrillo. El olor acre del tabaco mitigaría el hedor de la habitación.

–La pierna debe de doler. El hueso está roto. La infección se ha afianzado –dijo, con delicadeza, y luego estiró el brazo como para tocar la pierna.

Suzanne se estremeció. Stolz se reclinó en la silla y lanzó una voluta de humo.

–Tranquila. Puedo hacer que los médicos se lo miren. Puedo aliviarle el dolor.

La voz ofrecía consuelo y la promesa de alivio del sufrimiento.

Suzanne miró fijamente al hombre que la había atormentado. Todavía tenía un ojo cerrado; la saya estaba manchada de vómito. Movié los labios, pero las palabras no salieron. Sabía que iban a infligirle todavía más dolor.

Stolz la estudiaba.

–Eres valiente, Suzanne. Lo sé porque he visto a hombres heridos gritar llamando a sus madres. Y he visto a otros terroristas suplicar por sus vidas después de unas breves horas de dolor. –Se inclinó hacia delante, y ella volvió a estremecerse, pero Stolz le retiró con cuidado un mechón de pelo de la cara–. Shhh. Está todo bien –susurró–. Lo sé. Lo sé. Duele.

A Suzanne se le llenaron los ojos de lágrimas, que rodaron por la mugre que ensuciaba su cara. No importaba quién fuera ese hombre, aquéllas que decía eran las primeras palabras tiernas que oía desde que empezó el dolor y, como un animal herido, una parte de ella respondió.

–También sé que no nos dirás nada más. –Se reclinó en la silla y dio una calada al cigarrillo–. Lamento que no me dejes ayudarte. Sé quién eres. Tu marido es un hombre al que me gustaría interrogar. Me gustaría

mucho. Tiene información que sería muy beneficiosa para mi trabajo aquí.

Echó una mirada a la puerta de entrada cuando dos soldados arrastraron a la celda a una joven lívida y aterrorizada. A Danielle también le habían quitado las ropas hasta dejarla sólo con la saya, pero la suciedad no se debía más que a las brutales condiciones de su celda. No había signos de tortura, todavía.

Stolz observó a la chica, a quien el espanto de ver a su madre la dejó con los ojos desorbitados y sin palabras. Boqueó en busca de aire, tratando desesperadamente de mantenerse en pie. Suzanne sacudió la cabeza en advertencia. No digas nada. Niégalo todo.

Danielle se mordió los labios y apartó el rostro.

–Tú y el inglés tuvisteis una hija –dijo Stolz.

–No sé dónde está –graznó Suzanne a través de una garganta abrasada y un maxilar hinchado.

Stolz se volvió para mirar a Danielle. Le sonrió, y su voz, cuidadosamente modulada, no presentaba ninguna amenaza.

–Sus papeles no fueron tan convincentes como los demás. Suficiente quizá para una inspección rutinaria, pero no para un examen detallado. Debajo de su foto de identificación, encontramos las trazas tenues de otro nombre. De su apellido, concretamente. Danielle Mitchell. –Enarcó las cejas–. ¿No es así? Yo pienso que sí. –Estiró un brazo y levantó con la mano la cabeza de Suzanne, que descansaba sobre el pecho en el intento de ocultar cualquier indicio de reconocimiento–. Entonces..., ¿a quién ejecuto? ¿A ti o a tu hija? ¿Dónde está el agente al que tratabais de ayudar anoche? ¿Y dónde está tu marido? ¿Volvió a Francia o todavía está en Inglaterra? ¿Qué clase de hombre abandona a su mujer y a su hija?

Suzanne ahora lo miraba a los ojos, desafiante.

–¿No? –Empujó hacia atrás la silla en la que se sentaba y extrajo su arma reglamentaria. Los matones de la Gestapo empujaron a Danielle contra la pared. Con calma, Stolz le puso la pistola contra la cabeza.

–¡Mamá!

–No lo sé. No lo sé. Está en Inglaterra. Se suponía que debíamos escapar juntos, pero nos retrasamos. Quedamos separados.

Bauer le gritó a Stolz:

–¡Esto es inhumano! ¡Es una ignominia!

–Sus responsabilidades aquí han acabado. Le ha sido asignado un nuevo puesto menos exigente. Koenig, acompañe fuera al coronel.

¿Qué amenaza podía usar Bauer para disuadir a Stolz? Ninguna. Derrotado, se dio la vuelta y se apartó, seguido por Hauptmann Koenig.

Stolz dio un paso atrás y señaló la silla.

–Colocadla en la silla, así su madre podrá verla.

Los dos interrogadores sostenían firmemente a Danielle en la silla; Suzanne no podía dejar de mirarla.

–Díselo, por favor... Mamá..., por favor –rogaba.

Suzanne sacudió la cabeza negativamente.

–No puedo. No sé nada más de lo que he dicho. –Miró a Stolz, que finalmente tiró la colilla del cigarrillo debajo de la punta de la bota–. Por favor, no la dañe. No lo sé. Lo juro.

Stolz presionó la boca de la pistola en la coronilla de Danielle, pero sus ojos seguían clavados en Suzanne, observando el instante de su desesperación. El chasquido que se produjo cuando amartilló el arma resonó increíblemente fuerte. Los sollozos chirriantes de Danielle llenaban la celda. Las lágrimas de Suzanne derramaron sal sobre su labio cortado.

–Te quiero, mi pequeña –susurró–. Te quiero.

Ninguna madre sacrificaría a su cría. Stolz supo que Suzanne no tenía más información que dar; desactivó el percutor y enfundó la pistola. Las dos mujeres casi se desplomaron de alivio. Stolz recogió su gorra. Era como si hubiese perdido interés en el procedimiento.

Dejó de mirar a Suzanne y se volvió hacia Leitmann.

–Ejecútela.

* * *

En la entrada que daba acceso al patio de altos muros, los soldados retenían a Danielle, que tenía escalofríos de terror, mientras que otros arrastraban fuera a Suzanne. La pierna herida no le permitía estar de pie, y tuvieron que atarla a un poste. Un soldado estaba listo con la metralleta Schmeisser. Un oficial bisoño de las SS esperaba a un lado, con la pistola en la mano, para dar el tiro de gracia.

Stolz y Leitmann esperaban a que echaran el cerrojo a las esposas de Suzanne. Leitmann le mostró a Danielle la foto de Mitchell.

–Una última oportunidad. Cuéntame lo que tu madre no pudo contarme. El agente que escapó y tu padre ¿dónde están?

Danielle miró la foto de su padre y luego a su madre, encadenada al poste, y volvió a mirar a Stolz, con ojos implorantes.

–Se lo diría; juro que se lo diría. No lo sé. Mi padre está en Inglaterra. Es todo lo que sé. No está en Francia.

–En tiempos como éstos es una tragedia ser inocente –dijo Stolz.

Hauptmann Koenig dio un paso al frente.

–Señor. Hay un acuerdo explícito entre nosotros y los franceses de que no someteremos a las mujeres al pelotón de fusilamiento. Coronel, con su venia, siempre hemos mantenido ese acuerdo. ¿No deberíamos enviarla a los campos?

–Gracias por recordármelo, capitán. –Stolz miró al joven oficial–. Puede regresar a sus funciones.

Koenig quería decir algo más, empujar a su superior al cumplimiento de un acuerdo de larga data. Las mujeres terroristas solían ser enviadas a uno de los campos o a Stuttgart, donde las decapitaban. Los pensamientos se le enredaron cuando saludó y se marchó. Era su enemiga, no le correspondía a él decidir su suerte, pero, si Stolz la hacía fusilar, cuando los nombres de los ejecutados tuvieran que registrarse en las actas, quedaría la prueba de la ruptura del acuerdo. La incertidumbre le nublaba la cabeza. Él era un contable, y ahora parecía que le pidieran que llevara una contabilidad paralela. De otra forma, los registros no cuadrarían.

Leitmann hizo una seña a los interrogadores para que se llevaran a Danielle. Los matones la arrastraron al túnel oscuro que llevaba de

vuelta a las celdas que la esperaban, a ella y a todos los que cayeran en las redadas de la policía francesa o de la Gestapo. Danielle lloraba a lágrima viva, pidiendo clemencia, y las súplicas eran un eco del miserable pasadizo mal ventilado y de sus paredes húmedas y oscuras que chorreaban por la condensación y de las lágrimas de los desaparecidos. Mientras la alejaban a tirones, una súbita ráfaga de metrallata atronó en aquel espacio confinado, y su intenso ritmo entrecortado cayó a plomo sobre ella, golpeándola hasta someterla. Se quedó callada y se le doblaron las piernas mientras caía en un profundo desmayo.

Stolz y Leitmann observaron cómo el cuerpo desgarrado de la ejecutada recibía el tiro de gracia en la cabeza.

–¿Y ahora qué, señor? –preguntó Leitmann.

Stolz cogió la foto de Mitchell de manos del oficial de la Gestapo.

–Cebamos la trampa y lo atrapamos.

–Señor, si los ingleses tienen la menor sospecha de que tenemos un informante en la resistencia, ¿le parece probable que se tomen el riesgo de enviarlo?

–Quizá no. Pero, si lo envían, lo harán pronto. Y una vez que lo capturemos, controlaremos todas las operaciones futuras de los ingleses... y desarticularemos a la resistencia.

Capítulo 4

Buckinghamshire, Inglaterra. Febrero de 1943

Harry Mitchell miró distraídamente el cielo. Las nubes bajas y la lluvia inminente ofrecían la promesa de que ningún bombardero alemán haría jirones la tierra esa noche. Nubes o no, pronto iba a ser la hora del apagón general. Había once casas dispersas en la aldea y pronto, una tras otra, correrían las espesas cortinas, dejando que la oscuridad imperara donde antes había luz y calor.

Consultó su reloj de pulsera. Hora de recorrer en bicicleta las seis millas que lo separaban de su turno de noche. Corrió las cortinas sobre los pequeños cristales de las ventanas, enrolló el chubasquero y se lo puso bajo el brazo. El cuarto era modesto. Una cama estrecha, un escritorio pequeño y una alfombra comida por las polillas sobre los tablones que dejaban pasar el aire, pero había un hogar de carbón, y él no necesitaba mucho más. Un lugar donde dormir. Y recordar. Apoyó la foto diminuta de las dos mujeres a las que quería en el escritorio. Siempre la ponía donde pudiera verla, incluso cuando descansaba en la cama, y el solo hecho de tocarla mantenía vivo el recuerdo. Separados por el canal de la Mancha y dos años de ausencia, su mujer y la niña seguían desaparecidas.

Mitchell apagó la débil bombilla y, antes de salir para el trabajo, las abrazó en una plegaria.

* * *

Temprano la mañana siguiente, un coche oficial de color negro llegó a la altura de la estación del ferrocarril de Midland-Escocia, que estaba directamente enfrente de una mansión desolada. Se trataba de un feo

edificio victoriano rodeado de cincuenta y cinco acres de prados y arboledas. A cincuenta millas de Londres, estaba a salvo de las bombas alemanas. El conductor de la Real Policía Militar frenó para permitir que los pasajeros que se habían apeado del tren cruzaran la calle. Los dos hombres que viajaban en el coche observaron el tropel de hombres y mujeres que se dirigían a la mansión y a los grupos de bajos edificios provisionales que la rodeaban.

–Cada día llegan más –comentó el mayor de los dos.

Al igual que el que se sentaba a su lado, el coronel Alistair Beaumont vestía de paisano, pero tenía un aspecto muy formal, como el de un hombre de negocios o el del alto funcionario que en realidad era; vestía como correspondía a su edad. El otro, con el que compartía el vehículo, era el mayor Michael Knight: tenía treinta y siete años y, aunque el rango de Beaumont era superior, su conducta traslucía una serena confianza en sí mismo en presencia de su superior.

–Catedráticos de literatura y mujeres brillantes en la resolución de crucigramas. Directivos editoriales e incluso librerías especializadas en ediciones de bibliófilo. Son un grupo variopinto. Gracias a Dios –dijo Knight.

–Excéntricos algunos de ellos –dijo Beaumont.

–Algunos. Espero que no demasiado estrambóticos. Pijamas, pantuflas y alguna mosca de pesca en el sombrero es lo más lejos adonde me gustaría verlos llegar en ese terreno.

Beaumont estiró el cuello para mirar más allá de Knight. Otro tren de vapor estaba en una vía separada, con las calderas siseando.

–¿Es ése?

–Sí. Siempre listo para partir –dijo Knight, mirando también.

–Se ha movido cielo y tierra, entonces.

–Eso espero.

Pocos años antes, un solitario bombardero alemán había dejado caer una serie de bombas con el objetivo de dañar las vías del ferrocarril. Las bombas cayeron sin causar daños sobre los árboles, pero la explosión empujó al Refugio Cuatro casi un metro fuera de sus cimientos. Entonces se decidió que, si alguna vez los alemanes descubrían la

importancia crucial de Bletchley e intentaban bombardearlo, un tren estaría esperando siempre, con el vapor listo para poner en marcha la máquina y transferir el equipo de criptoanálisis a Liverpool, desde donde continuaría el viaje a Estados Unidos.

Un policía militar los dejó pasar. El coche dejó atrás a las tropas que se encargaban de las baterías antiaéreas y se detuvo nuevamente en un control de seguridad. Los dos hombres mostraron la identificación; el sargento a cargo los saludó, y se levantó la barrera.

–¿Señor? –dijo el conductor.

–Refugio Seis –contestó el coronel Beaumont.

* * *

Encorvado sobre una mesa de caballete, Mitchell miraba fijamente la banda elástica con la que había hecho un diseño como el del juego del cordel entre sus dedos. La torcía y retorcía en un sentido y en otro, mientras exploraba las laberínticas posibilidades de los cifrados que todavía no habían sido decodificados. Luego, soltó la banda, dejando que la intrincada estructura se desmantelara, y cogió una hoja de códigos. Era uno entre la docena o más de criptógrafos que había en la barraca; la mayoría eran más jóvenes, pero no todos. En un gran escritorio en la parte principal del edificio, el interventor de la barraca, un comandante de la Real Fuerza Aérea a quien le faltaba un brazo y llevaba la manga de la camisa sujeta con un alfiler, se esforzaba con un fajo de papeles que había sobre el tablero.

Las vidas de los criptógrafos estaban organizadas de forma estricta, algo esencial para la tarea que les ocupaba. Estaban encerrados en una barraca pobremente iluminada, al igual que los ocupantes del resto de los edificios. Las contraventanas se cerraban desde fuera, impidiendo cualquier relación con el mundo exterior. El aire estaba viciado por el humo de las pipas y los cigarrillos, que colgaba como una neblina de las bombillas amarillentas del techo, como si fuera la bruma de Londres.

Ahora, Mitchell jugaba con una ficha de doce por dieciocho centímetros. Observó al criptógrafo, joven y formal, con el que

compartía mesa, que escudriñaba a través de unas gafas redondas y mantenía los labios algo separados, como si musitara secuencias de código para sí mismo. El joven, un colegial mayor desaliñado llamado Ronald Bellamy, se mojó la punta del índice con la lengua y revolvió otras fichas similares, también escritas a mano, que estaban en una caja de zapatos. Con admirable exhaustividad, cotejó varias fichas con su hoja de programación, mientras fingía desinterés por el silencio de Mitchell y la tarjeta que tenía en las manos. Sin embargo, finalmente, incapaz de resistirse, echó un vistazo a su colega. Mitchell sonrió. Se traía algo entre manos. Bellamy suspiró. Los criptógrafos trabajaban en equipo, pero era un mundo competitivo y parecía que Mitchell había ganado... una vez más.

–¿Qué hay? –preguntó Bellamy.

–¿Te acuerdas del despliegue de la Luftwaffe entre enero y mitad de febrero? –dijo Mitchell. Esa sola mención le aseguraba la atención total de Bellamy. La extracción de la información sobre el despliegue en los códigos secretos había sido un verdadero golpe.

–¿Tienes algo? –susurró Bellamy.

Mitchell se volvió para quedar completamente de frente al joven, de manera que nadie más pudiera oírlo. Siempre era mejor ser cauteloso. Golpeteó la mesa con el canto de la ficha.

–Los códigos de este mes. Los mismos prefijos recurrentes, la misma respuesta numérica.

–¿Los mismos grupos de la Luftwaffe? –preguntó Bellamy.

–Stukas, Heinkels y apoyo de cazas. Creo que están haciendo un nuevo despliegue. –Mitchell bajó la voz.

–¡Su puta madre! Primero de tu clase para esto, Harry –exhaló Bellamy, casi sin aliento. Se inclinó hacia delante para ver la información, pero Mitchell ocultó la ficha. Bellamy arqueó las cejas–. ¿Qué pasa?

–Fama y fortuna, Ronnie. Los de arriba se pelearían entre ellos por echarte talco en tu trasero aristocrático por algo así.

Bellamy suspiró. No era la primera vez que Mitchell hacía un trueque con la información.

–Está bien. ¿Qué quieres? Mi bote de mermelada todavía no ha llegado de casa.

–Tu ración de gasolina. No la necesitas este fin de semana, ¿verdad?

–¿Cómo sé que no me estás tomando el pelo... una vez más? –gruñó Bellamy.

Mitchell deslizó la ficha por el tablero de la mesa, boca abajo, como un tallador.

–Ronald James Horatio Bellamy, salvador de este verde y placentero país. Paga para ver, Ronnie.

Bellamy se sintió avergonzado, preocupado de que lo pescaran en un conciliábulo con Mitchell. Éste no se movía, a la espera de que el otro se echase al agua. Bellamy transigió y sacó su tarjeta de racionamiento de gasolina. Ambos movieron al mismo tiempo sus fichas hacia delante y las intercambiaron. Bellamy echó un vistazo a la información. Era algo especial. Sonrió a Mitchell, que se rascó la barba, bostezó y se estiró.

–Mándalo pitando por el túnel cuando se lo hayas mostrado al atracador manco.

No había crueldad en la voz de Mitchell. El oficial del uniforme azul había sido un as del Spitfire y se había ganado el sobrenombre de «el Atracador» por su increíble habilidad para tomar por sorpresa al avión enemigo. Se consideraba una falta de modales no continuar con esta tradición de respeto encubierta en la mofa amable. Al lado, el Refugio Tres albergaba a los analistas que interpretaban el material que los del Refugio Seis descifrabán. Como había una corriente constante de papeleo que iba de una barraca a la otra y se corría el riesgo de que el material se mojara por el camino debido a las inclemencias del tiempo, habían construido un túnel de madera por el que se empujaban, con ayuda de palos de escoba, las bandejas de documentos.

Un estrépito repentino sacudió la barraca cuando los centinelas que estaban fuera azotaron las contraventanas para abrirlas. Mitchell se puso su abrigo.

–¡Fin del turno! Bien, desayuno y a la cama para mí. Aguanta, Ronnie, muéstrales tu premio y asegúrate de que sólo usen el mejor talco.

Los rayos de luz entraron en la habitación llena de humo, alguien levantó el brazo y abrió la ventana, y otro centinela abrió la puerta. Dos hombres de paisano estaban de pie al lado del subdirector de Bletchley Park, el comandante Edward Travis. Los criptógrafos se detuvieron sobre sus pasos: nadie entraba en las barracas a menos que fuese un jefe. Y ni siquiera eso garantizaba el acceso. Entonces, el subdirector señaló a Mitchell.

* * *

Era el salón más pelado que se pueda imaginar, apenas algo más que una adición de chapa corrugada al antiguo pub, con la única calefacción que otorgaba un pequeño radiador eléctrico de dos resistencias; y estaba vacío, a excepción de los dos hombres sentados frente a Mitchell. El pueblo de Drayton Parslow, como muchos otros de los alrededores, ofrecía hospedaje a los que trabajaban en Bletchley Park, y las seis millas ida y vuelta en bicicleta mantenían a Mitchell en relativa buena forma. El regreso, después de cada largo turno, a su habitación en la posada le ofrecía las comodidades que sólo un pub, con su olor a cerveza derramada y a picadura de tabaco, puede ofrecer. Era una comodidad perdida en los recuerdos y la aflicción, porque ahora el pub sólo tenía licencia de vender cerveza para llevar.

Mitchell estaba sentado frente a Knight y Beaumont. A pesar del frío y el cansancio, se resistía a dejar ver ninguna clase de incomodidad, y había colocado la estufa, pequeña e ineficiente, más cerca del mayor de los visitantes, ninguno de los cuales se había quitado el sobretodo. En una pequeña mesa que tenían delante había dos carpetas del Ministerio de Guerra.

–Se llama La oveja y el cordero, pero los vecinos le dicen La jarra y la botella, porque no pueden vender cerveza más que para llevarla a casa en una jarra u, obviamente, en una botella. ¿Quién fue el funcionario miserable que ideó semejante cosa? Imaginad que se prive a un pueblo de su bar –comentó en una clara indirecta a los dos hombres de traje

que tenían el aspecto de haber sido funcionarios del Ministerio de Obras Públicas, pero que, como bien sospechaba, no lo eran.

Beaumont se colocó un par de gafas en el tabique de la nariz y ajustó detrás de las orejas la terminación curva de las patillas.

–Soy el coronel Beaumont, de Inteligencia Militar. Hace tres años, casi exactamente en este mismo mes, el primer ministro, inspirándose al parecer en las tácticas del Sinn Fein, ordenó la creación de una organización para sabotear, hostigar y matar al enemigo y crear vías de fuga. Se llama SOE o, si quiere, Dirección de Operaciones Especiales.

Mitchell se cruzó de brazos con fingido desinterés, aunque también para evitar que el frío le hiciera tiritar. Sospechaba que aquellos hombres traían malas noticias.

–No sé nada de eso.

–Muy pocos saben algo –repuso Beaumont–. Algunos piensan que es conducir una guerra de manera poco caballerosa.

Mitchell paseó la mirada hacia el más joven, que hasta el momento había permanecido en silencio.

–¿Y usted quién es?

–Soy el mayor Knight. De la misma organización.

Beaumont abrió una de las carpetas y leyó las notas que estaban en el sujetapapeles.

–Cuando usted vivía en París, tanto usted como su mujer pusieron sus vidas en peligro para ayudar a otros a escapar. Fue muy valiente por parte de ambos.

–Confunde valentía con pánico.

Beaumont ignoró el comentario.

–Durante su programada fuga de París, se vio separado de su mujer y su hija. Ha escrito veintitantas cartas al Ministerio de Relaciones Exteriores...

–Veintitrés –lo interrumpió Mitchell.

–... pidiendo cualquier información que se tuviera sobre su paradero.

–Y nunca recibí respuesta –dijo.

–Antes de dejar París, usted ayudó a establecer una ruta de escape para pilotos caídos y personal francés indispensable.